

AMIGOS PARA SIEMPRE

Lo mirabas y parecía un PUNTO normal. Y es que, en ocasiones pasamos por las cosas sin prestarles atención; sin embargo, aquel PUNTO era algo especial: razonador, sentimental, intuitivo y con inquietudes remarcables.

Consciente de sus limitaciones y de su aislamiento fuera de la línea, de la que era principio y final, tenía que espabilar si quería alcanzar su plenitud como PUNTO. Sabedor, también, de que sólo se podía trasladar a través de las líneas que él mismo generase, soñaba con una lo bastante prolongada que le permitiera ver mundo. Por eso, aquella mañana luminosa se había situado en una roca y miraba extasiado la raya del horizonte, esa línea, difusa a veces, en que el mar y el cielo quedan unidos por un hilo intangible. El problema era cómo llegar a ella; había pensado utilizar las estelas que dejan los barcos al navegar, pero tenía miedo por lo zigzagueantes y quebradizas.

En éstas y otras reflexiones estaba el PUNTO cuando se le hizo presente el INSTANTE. Y, ¿sabes tú?, cuando te presentan a una persona y desde el primer momento te cae bien, y te parece fenomenal todo lo que dice, y te agrada su sonrisa y hasta sus silencios, esos silencios de dos en compañía que tanto se agradecen, pues así ocurrió entre el PUNTO y el INSTANTE. No sólo congeniaron, sino que, no obstante ser tan diferentes, comprobaron que tenían los mismos afanes e inquietudes.

–Eres el principio y el fin de una línea, pero yo soy el principio y el fin del tiempo, aunque en mí apenas soy nada; visto y no visto, menos que un beso furtivo, mucho menos que un jipío, que un destello o una chispa de luz –le comentó el INSTANTE.

–Y sin un ayer ni un mañana, los Instantes no tenéis futuro –le respondió, sutil y conmovido, el PUNTO.

–Cierto, esa es mi cruz: no tener el más mínimo recuerdo.

Así comenzaron una animada y filosófica charla, mientras paseaban por los vericuetos de la roca, superando zonas abruptas y era agradable verlos como se ayudaban uno a otro en las escaladas. Ya en la cima de la roca el PUNTO mostraba al INSTANTE la panorámica que se les ofrecía desde las alturas: los caseríos lejanos, las montañas grisáceas desdibujadas por la bruma, y el frondoso valle a sus pies. Después, un poco cansados, se acomodaron frente al mar y permanecieron en silencio, absortos y extasiados ante su inmensidad y serena belleza.

Al proseguir la marcha, en una diminuta hendidura de la roca, observaron una GOTITA de agua cristalina y resolvieron darse un baño para mitigar el calor de un incipiente verano. Porque, no sé si sabéis, cuando uno carece de dimensión, una simple Gotita es como un inmenso océano. Ni que decir tiene que la GOTITA los recibió entusiasmada, ella no

procedía del mar, sino de una nube y contó, coqueta, que la travesía había sido emocionante, porque una leve brisa la despeinaba en el descenso.

–Me hubiese gustado caer al mar –les dijo la GOTITA–, como otras de mis hermanas, y compartir el honor de integrarme en la Gran Gota. Aunque también me agradaría posarme, al alba, sobre el pétalo de una rosa blanca y, hecha rocío y transmutada en perla, participar de la delicadeza de la flor. Tampoco pierdo la esperanza de pasar un tiempo en el pozo olvidado de Juan Ramón Jiménez. Que sepáis que soy muy romántica y me agrada la literatura. Mi equilibrio estacional me impulsa a pensar y me emociono cuando en el espejo de mi agua se refleja, blanca y limpia, la luna viajera, dormida en mi regazo –les explicó risueña y parlera la GOTITA, que recordó los versos de Lope de Vega: –«*Las blancas y rojas flores / que por las márgenes baña, / dos veces eran narcisos / en el espejo del agua*».

El PUNTO –tras un meditado silencio– intervino para agradecer la amabilidad de la GOTITA. Había captado en ella un manantial de ternura y una vaga melancolía, una especie de tristeza imprecisa. Ubicada a la intemperie, sujeta más que ellos a las leyes inexorables de la naturaleza, supo enseguida que su ciclo vital era efímero. Por eso le dijo con todo cariño que había que aceptar el destino.

–Si bien no queremos decir que no tengamos nuestras aspiraciones y luchemos por ellas –aseveró el INSTANTE, sin dilación– y añadió: Mi sueño es agrupar en mi entorno otros Instantes: los gozosos, los tristes, los de a cada paso, los iniciales o primeros, los últimos o finales, sin desdeñar los anteriores –Quizás tendrías que concretar más –le dijo el PUNTO– y en los gozosos, por ejemplo, mencionar los primeros Instantes de la vida, el Instante del primer amor o del primer beso y el Instante de comer...

—Perdona que te interrumpa –dijo la GOTITA– a propósito del Instante de comer al que te has referido. En el relato *Castellano Viejo*, de Mariano José de Larra –del que celebramos justo este año el bicentenario de su nacimiento– la Señora de la casa dijo: «*Al Instante comeremos*»; eran las tres de la tarde y a las cinco se sentaban a la mesa, pero entre los humanos suelen pasar estas cosas.

–Dentro de los Instantes tristes –continuó el PUNTO– podrías mencionar el Instante en que un soldado es herido de muerte, el Instante del último suspiro, el Instante en que Judas se acercó a Jesús y le dio un beso. Y la GOTITA, participativa y atenta a tan interesante coloquio, dirigiéndose al INSTANTE, continuó: –No dejes de acudir a la literatura y beber en sus fuentes. Es un venero de Instantes maravillosos. Recuerda, por ejemplo, que John Milton menciona el Instante en *El Paraíso perdido*:

« *¡Sea la luz! Dios dijo: y al Instante / la etérea luz, el ser creado primero, / la quinta esencia pura, fue brotando / de los abismos...* ».

Relee también el soneto *El Instante*, de Jorge Luis Borges: « *¿Dónde estarán los siglos, dónde el sueño / de espadas que los tártaros soñaron...?* ».

–Mi sueño –prosiguió el PUNTO luego de recapacitar un tiempo–, es agrupar, de igual forma, infinitos Puntos para conseguir líneas perdurables. Por eso, desde aquí hago un llamamiento a todos los Puntos del mundo que integran nuestra gran familia, cualquiera que sea su naturaleza y condición: los de encuentro y los de partida, los de observación, los de cruz, los críticos, los de cocción, los de caramelo, los oscuros, los de sutura, los no cuestionados, los ortográficos, los fuertes, los débiles...–Perdona que ahora te interrumpa yo –dijo el INSTANTE–, hay otros Puntos muy interesantes como los del Sistema Braille, los de fricción, sin olvidar los coches de Punto.

–Decidme una cosa –preguntó la GOTITA–: Borges escribió lo siguiente en un relato titulado *El fin*: «*Un punto se agitó en el horizonte y creció hasta ser un jinete, que venía, o parecía venir, a la casa*». Mi pregunta es: ¿Puede un Punto agitarse y crecer hasta transformarse en un jinete, con caballo y todo?

– ¡Está por creer! Pero si lo dice Borges va a misa. –Sin duda, que nosotros citaríamos a esos Puntos antes de que crecieran, no podemos aceptar a un jinete en nuestra agrupación, aunque dijera que venía amparado en su origen –le respondió el PUNTO, admirado de la cultura de la GOTITA.

–No postergues –añadió el INSTANTE, algo distraído– los píxeles, tan importantes en esta época que nos ha tocado vivir.

La GOTITA quedó demudada al oír aquella palabrota y les dijo a bote pronto: –Yo no me impresiono con nada, soy mayor de edad, pero no olvidéis que soy muy sensible y merezco un respeto. El INSTANTE y el PUNTO enmudecieron sorprendidos y se miraban sin comprender. Fue el PUNTO el primero que se dio cuenta de la confusión y se acercó al INSTANTE y en voz baja le dijo: –Ha confundido *píxel* con *picha*...Y le pidió que la sacara de la duda con la mayor delicadeza, lo que hizo sin demora: –GOTITA, perdona, pero píxel, en informática, es un Punto en una rejilla de miles de Puntos para formar una imagen en la pantalla del ordenador o en una impresora –le explicó, solícito. Todo quedó resuelto y no pasó de un mal entendido.

Vencida la tarde, presenciaron juntos la puesta de sol y se reían a carcajada tendida. La GOTITA burbujeaba para mostrar su regocijo y se derramaba en sí misma, y se burlaban los tres, no sin imprudencia, de aquel astro tan poderoso, que al ocaso se apagaba escondido entre las nubes, hasta ser engullido por el mar. La GOTITA reaccionó, pensó que eran crueles con el astro rey y, aquietada, quiso borrar el atisbo de frivolidad que había

dado ante sus amigos, así que recitó solemne: –«*Dulce cosa es la luz, y ver el sol agrada a los ojos*».

–Son palabras del *Eclesiastés*. Esta GOTITA es una enciclopedia –comentó el PUNTO.

Por cierto –prosiguió el INSTANTE– tu sueño es agrupar infinitos Puntos, pero ¿qué quieres para ti?

–No quería decirlo, por si sonaba a presuntuoso, pero me gustaría ser el Punto de apoyo del mundo.

– ¿Ése al que se refería Arquímedes cuando dijo: «*Dadme un Punto de apoyo y moveré la Tierra*»? –intervino la GOTITA.

–Exacto –aseveró el PUNTO que, ¡imagínate!, guardaba para sí un anhelo casi humano: unir infinitos Puntos interconectados en un gran círculo místico. –Legítima aspiración, amigo PUNTO, nada presuntuosa –añadió el INSTANTE.

Así prosiguieron en animada charla y consolidaron un cariño sin precedentes. Ahora bien, el PUNTO y el INSTANTE eran conscientes de que la GOTITA se consumía a ojos vista; por eso quisieron confortarla y bromearon con ella: –Cuando te reencarnes de nuevo seremos tus enamorados bucaneros –manifestó el INSTANTE.

– ¿Y si caigo en el mar? –les preguntó acongojada la GOTITA. Y había que verla, ya que sin querer se descubrió, porque su deseo ancestral de integrarse en la Gran Gota se había quedado en nada, superado por el cariño y amistad hacia sus nuevos amigos de los que no quería separarse.

–Si caes en el mar, ya lo sabes, nos haremos piratas para surcar los océanos y avistar los puertos en tu busca –le respondió el INSTANTE, con el ademán de taparse un ojo.

La GOTITA les envió un beso volado y apreció la nobleza de sus amigos, en ese hermoso y triste mensaje velado que le enviaban, oculto en el envoltorio del humor de piratas.

Transcurrido un tiempito de silencio e indecisión los tres se despidieron con mucha cordialidad y el PUNTO y el INSTANTE tomaron cada uno su camino, deseándose lo mejor y considerándose amigos para siempre. ¿No sientes tú también, acaso, al verlos separarse, como una apacible desazón en el alma...?

La GOTITA los vio partir turbada y, ya apenas un remedo de humedad en el resquicio de la roca, tuvo fuerzas para dar gracias al cielo por haber conocido aquellos dos seres tan disímiles a ella, pero tan cultos y comedidos. Y le pidió al narrador encarecidamente que no pusiese Punto final al relato, que lo dejara abierto, para que el PUNTO y el INSTANTE andariegos siguiesen su destino